

CRISIS ETICA Y PSICOPATOLOGIA INFANTIL

Acerca de la irrupción de la problemática de la muerte en la cotidianeidad

Lic. BEATRIZ JANIN

Año 1996

En este trabajo expongo algunas ideas acerca de los cambios en los valores éticos que se produjeron en nuestra sociedad con la dictadura y las políticas neo-liberales y su incidencia en la constitución psíquica infantil y, por ende, en los trastornos psíquicos de los niños.

Considero que, en los últimos años, se han producido modificaciones en los modelos culturales dominantes, y que la crisis económica, así como los cambios políticos, han cuestionado los ideales vigentes. El individualismo, la eficiencia y el dinero como fin en sí mismo han pasado a ser valores de nuestra cultura. La idea de progreso ha sido puesta en jaque. Si bien es un fenómeno mundial, en nuestro país su expresión es clara: las ideas de igualdad y justicia que movieron a una generación terminaron en una masacre y los sueños de bienestar económico de nuestros abuelos inmigrantes, ligados al esfuerzo, al estudio y al ahorro, chocaron con la crisis económica y con la especulación.

Estas transformaciones vienen generando un alto nivel de exigencia, de puesta en juego permanente de las propias posibilidades, que lleva a sensaciones de inseguridad, de inermidad, de angustia frente al fracaso temido. Desbordados y sobreexigidos, los adultos tienen que realizar tal esfuerzo para sostenerse a sí mismos que les resulta muy difícil sostener y contener a otros.

Al mismo tiempo, los niños se enfrentan con problemáticas que, a través de los medios de comunicación, irrumpen en la vida cotidiana. El SIDA, las drogas, los atentados con bombas, los suicidios y los asesinatos, es decir, las diferentes formas de la muerte, se "meten" en su mundo.

Hace poco, escuché el siguiente diálogo entre un niño de seis años y otro de ocho:-

"¿Vos que hacés si te ofrecen droga?", - "Yo le digo que, si es tan buena, que se la guarde él".-"Yo le digo que ya tengo, para que me dejen tranquilo". En una escuela, un nene se corta y le sale sangre. Algunos niños de primer grado la tocan. Se produce un revuelo general. Muchos gritan: "Se van a contagiar el SIDA". En otra escuela, hay un nuevo profesor de educación física. El comentario de uno de los niños, de segundo grado, es: "Este no es un profesor. Parece un militar carapintada, grita todo el tiempo". Una niña de siete años dramatiza con muñecos, en una sesión, una historia de amor. Y concluye, de un modo muy teatral, diciendo: "Y se casaron y fueron felices para siempre". Inmediatamente, cambia el tono de voz, me mira y dice "¿Cómo habrán hecho, Beatriz, porque a mí me parece que eso es sólo de los cuentos..." Comentarios, preguntas,

observaciones de niños y niñas entre seis y ocho años que reflejan preocupaciones y búsqueda de respuestas.

Respuestas difíciles de dar, en tanto interrogantes que aluden a nuestros propios miedos. Miedo al que debemos ponerle palabras, palabras que no encontramos fácilmente, ya que se trata de vivencias que produjeron en nosotros un efecto de "campo arrasado".

Vivimos en un mundo permanentemente cambiante, en el que es notoria la aceleración del tiempo. Hay que correr con el temor de "quedarse afuera". ¿Qué sensación de desvalimiento, de exigencia excesiva, de insatisfacción, puede generar el hacer partícipes a los niños de nuestra propia aceleración? Se espera que demuestren cotidianamente sus posibilidades como futuros productores a través de su rendimiento escolar, de las posibilidades competitivas, de la multiplicidad de saberes que se le imponen. En la era de la productividad el niño ha pasado a ser, él también, medido con esa vara. Todo está pautado, hasta el jugar... ¿No se confundirá al niño con un adulto en pequeño?. ¿Y el juego, como posibilidad creativa y ocupación fundamental del niño, qué lugar ocupa?. Si, como dice Freud, "Los niños repiten en el juego todo cuanto les ha hecho gran impresión en la vida, de ese modo abreaccionan la intensidad de la impresión y se adueñan, por así decir, de la situación", ¿qué ocurre cuando les negamos ese "medio privilegiado para convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero"? ¿Qué placer está implícito en la propuesta que le hacemos? ¿Cómo recategorizar la infancia? Es que si los adultos han perdido redes identificatorias que los contengan y prevalecen en ellos las sensaciones de inermidad, desconcierto y desesperanza, tienden a arrojar sobre niños y niñas las angustias no metabolizadas, ubicándolos como "los que lo pueden todo", en una especie de inversión de lugares, de desmentida brutal de la indefensión infantil. Por ejemplo, niños y niñas con dificultades en la adquisición del lenguaje y que son enviados a escuelas bilingües son una de las tantas formas en que aparece la exigencia de un "poder", frente a la propia impotencia. Esto lleva a desmentir las carencias, las fallas del hijo.

Así, la psique del infante se encuentra con un conjunto de estímulos no mediatizados por la palabra, con angustias, decepciones, incertidumbres y temores de otros que son registrados como un desborde, incualificable, proveniente de un adentro-afuera, que lo deja a merced de un dolor psíquico que no puede diferenciar como ajeno, al mismo tiempo que se le exige un altísimo nivel de producción (debería "ser perfecto").

Es decir, considero que el narcisismo secundario de los padres, el acuerdo con los ideales del Ideal del Yo, permiten ubicar al niño como alguien valioso, sin que sea él el que deba satisfacer, a costa de sí mismo, las aspiraciones no logradas de otros.

"Ser perfecto", "ser un desastre", contracara que denuncia una omnipotencia atribuída por un mundo adulto que se enfrenta a la propia impotencia. Y que no brinda los elementos para construir la potencia posible.

Hace un tiempo, una noticia que apareció en los diarios me conmovió: se discutía en Miami si aplicar la pena de muerte a un niño de trece años, que mató, con otros, a un turista inglés. "El debate está abierto: ¿qué tipo de pena es apropiada para un niño que comete un delito de adulto?" se pregunta un profesor de criminología Y sigue: " Tenemos una posición de los años cincuenta, más adaptada a lo telefilms de "Lassie" que a la dramática situación actual". En el mismo diario, se propagandizaba un programa de televisión con los siguientes títulos: "La prostitución infantil. Padres que obligan a mendigar y a vender su cuerpo. Historias que muestran cómo explotadores abusan de 200.000 chicos que viven en la calle." Sujetos y objetos de violencia, o aún como simples testigos, los niños están expuestos. Si no son seres angelicales, si no son inocentes, ¿son sólo adultos en chiquito? ¿son los culpables, la encarnación del demonio, de lo incontrolable?. ¿Cómo pensarlos? Y creo que esto debe ser una preocupación permanente nuestra. Sabemos, hemos descubierto, que aman y odian y que desean, entre otras cosas, la posesión y el dominio del otro, pero... ¿no retornará lo reprimido, el rechazo a la sexualidad infantil, en esta idea de que son los monstruos? Situación que nos remite a un problema cotidiano: el funcionamiento expulsor de las escuelas frente a las conductas agresivas de los niños. Hay un sistema que rechaza la violencia infantil a través de... la pena de muerte, o la exclusión. ¿De qué violencia se trata? ¿A qué violencias están sujetos?

Voy a dar otro ejemplo: Hace aproximadamente un año, me invitaron a dar una serie de charlas a maestros y a padres de una escuela estatal ubicada en un asentamiento popular en el Gran Buenos Aires. El tema propuesto era: dificultades en el aprendizaje, fundamentalmente de la lecto-escritura, pero a la vez, la cuestión de la violencia potencial de estos niños, que no era explícita, estaba permanentemente presente, tanto en los maestros como en los padres. Si tenemos en cuenta que "la escritura es originariamente el lenguaje del ausente"(Freud,"El malestar en la cultura"), para aprender a leer y a escribir, un niño debe: 1) representar una separación que no suponga la muerte del otro, 2) transformar los deseos hostiles en marcas en el papel, en mensaje. En estos niños, ¿qué transformaciones ha sufrido la hostilidad?, ¿pueden poner en juego la agresión cuando al menor atisbo de violencia los adultos se alarman? ¿qué posibilidades hay de simbolizar la ausencia, de ligar representaciones-palabras y a la vez signos gráficos efecto de un código compartido?). ¿Por qué se los ubica como peligrosos, cuando ni maestros ni padres pudieron precisar ésto, siendo, aparentemente, más bien sumisos? ¿Quizás porque todos registran la violencia cotidiana que se ejerce sobre estos niños y niñas que deben cuidar hermanitos, limpiar la casa, hacer las compras, quedándose solos durante horas? ¿Quizás porque el que muchos de ellos no tengan ni lápices propios, sino que las maestras, comprándolos de su sueldo, se los faciliten, sea también registrado como una violencia? ¿O el que muchos no puedan ir a la escuela en

días de lluvia, porque está todo inundado y las calles son de tierra, podría desencadenar hostilidad? ¿O porque la historia de una ocupación ilegal opera como antecedente colectivo?... Me encontré con un cuerpo docente excelente, con deseos de aprender. Y con madres que vinieron masivamente a las charlas, interesadas en todo lo que tuviera que ver con sus hijos. Mujeres que se planteaban la necesidad de hablar de lo que les pasaba y de la falta de espacios para hacerlo. Con ellas fuimos trabajando: 1) a partir de la idea generalizada de que si quieren jugar son vagos y que el juego no sirve para nada, se planteó el juego como actividad creativa y ejercicio de poder. 2) su identificación con los hijos como incapaces para aprender : "como yo soy burra, mis hijos también lo son", frente a lo que fuimos discriminando qué historia tenía en ellos esa idea 3) la ubicación de niños y niñas como "peligrosos" cuando se los percibe como diferentes : "ellos son más vivos que nosotros, hay que cuidarse porque si no nos dan vuelta". 4) la ausencia de palabras en las familias : "cuando llego a casa estoy tan cansada que si se me acercan a hablar, los saco corriendo". 5) el encierro: "mientras yo estoy fuera, no pueden moverse de casa, porque es peligroso. Se quedan mirando la tele". Estas calificaciones: "burros", "agresivos", "vagos", retornaban una y otra vez, dejando a estos niños con el riesgo de quedar atrapados en las imágenes propuestas. ¿Cuál es aquí el contrato narcisista propuesto? ¿No será un contrato inaceptable, cuyo respeto, al decir de Piera Aulagnier, implicaría una renuncia a ser otra cosa que un engranaje sin valor al servicio de una máquina que no oculta su decisión de explotarlo o excluirlo? Y a la vez, ¿no será que es la propia violencia reprimida, tanto de padres como de maestros, ambos víctimas de una situación de injusticia, la que se supone puede retornar desde los niños? En las reuniones, se fue desplazando el eje a los malestares de los adultos, a la carencia de una guardería, de un lugar de juegos, al problema de la desocupación, fundamentalmente en los hombres, y a cómo podían organizarse para conseguir lo que necesitaban. Con los docentes nos preguntamos: ¿Cómo interesarlos en el aprendizaje de la lecto-escritura si en el barrio no hay un solo cartel y en las casas es difícil que haya material escrito? ¿Cómo incluir el juego en el aprendizaje, ya que el juego posibilita el armado de un espacio propio, la apertura de caminos creativos, es decir, el ejercicio de un poder muy especial: el de modificar, transformar, aunque más no sea por un momento, el mundo? En un mundo en que lo único eficaz es la acción, ¿cómo enseñar? Y retomo: ¿de qué violencia hablamos? ¿Qué poder les atribuimos desmintiendo nuestra propia impotencia, nuestra propia bronca y la indefensión de ellos?

A la vez, los medios de comunicación los bombardean con ofertas frente a las que el discernir, elegir, les resulta muy difícil. Información indiscriminada, de la que son muchas veces principales destinatarios. Así, la publicidad liga la posesión de ciertos objetos, a imágenes de ser aceptado grupalmente, de ser "exitoso", amado por los padres y amigos, es decir, de ser feliz. Los niños y niñas que aparecen en la televisión tienen

casas hermosas, madres sonrientes, amigos que los vienen a buscar para jugar, y todo eso por comer determinadas galletitas o poseer tal juguete.

Niños que sufren los efectos de un bombardeo publicitario y a los que se sobreestimula hasta el aturdimiento, con música a todo volumen, máquinas electrónicas, etc. (produciendo una suerte de "adormecimiento" de los sentidos). Sobreestimulación que se da en una vorágine en la que no hay tiempo para procesarla.

Las categorías de bondad y maldad se han modificado, pasando "lo monstruoso" a formar parte de la cotidianidad. ¿Cuánto tendrá que ver ésto con una historia "monstruosa" que no ha sido tramitada?

Hace poco, un nene de siete años afirmaba "Yo no le tengo miedo a los monstruos, porque esos son de las películas". Pero, inmediatamente, y frente a la afirmación de un adulto que comentó: "Los chicos de hoy no le tienen miedo a nada", el mismo niño dijo: "Tenemos otros miedos: Yo le tengo miedo a cruzar la calle, a los ladrones, a la guerra". Y es que los fantasmas temidos, los seres mitad hombre y mitad máquina, los "vampiros", pueblan la vida cotidiana más que los sueños, hay una realidad social que golpea y que, a través de los medios de comunicación, llega a todos sin diferencias de edades. Los niños que piden por la calle, que corren entre los autos, no sólo están arriesgando su vida, sino que son mirados por otros niños, sobre los que producen efectos. "Por qué la mamá y el papá no los cuidan?" ¿"Cómo andan solos por la calle de noche? Los puede atropellar un auto". "¿No hay nadie que les de de comer para que no tengan que trabajar?". Una sociedad que sanciona pero que no se hace cargo se hace evidente para todos.

Una película muy exitosa muestra, a mi entender, la idea de niño que se sostiene desde los adultos, el ideal de niño de nuestra época. Es "Mi pobre angelito", película en que los adultos son mostrados como estúpidos, perversos, malvados, ineficientes, fracasados, frente a un niño omnipotente que puede defenderse solo. Así, al policía que le pregunta a la madre del protagonista, temerosa y distraída, pero siempre más decidida que el padre a salir en busca de su hijo, qué hubiese hecho ella si hubiese estado sola, de noche, en Nueva York, ella responde: "Yo me hubiese muerto, pero Kevin no". Tarjetas de crédito, videos, un grabador con frases de adultos, lo ayudan a este niño a enfrentar un mundo que no tiene nada de protector. Padres que no lo escuchan, que viven tan apurados que hasta pueden dejarlo olvidado, y que no lo protegen. Situación caótica permanente en la que el protagonista no tiene un espacio propio. Considero que es una lograda representación del niño-hèroe que debe reinar en esta época de anti-héroes. El vencerá a los malvados, denunciará a los perversos, perdonará a los tontos, y logrará que aquellos que se marginaron se reintegren al mundo. Y, si los niños son omnipotentes, podemos quedarnos más tranquilos... en un era de imágenes y acciones...

La palabra ha perdido valor, prevaleciendo la desmentida de lo dicho. (Es notorio cómo privilegian los adolescentes música e imagen como lenguajes y cómo descreen de las palabras de los adultos).

La idea de justicia ha sido puesta en cuestión. En "El Malestar en la Cultura", Freud plantea: "Esta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo. Su esencia consiste en que los miembros de la comunidad se limitan en sus posibilidades de satisfacción, en tanto que el individuo no conocía tal limitación. El siguiente requisito cultural, es entonces, la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo". Paso cultural decisivo que no siempre opera. Límite de lo individual que garantiza, a la vez, la no sujeción a un orden arbitrario de otro.

Y sabemos que frecuentemente el orden jurídico establecido es quebrantado para favorecer a alguien.

Entonces, quiebre de redes identificatorias, sentimientos de inseguridad e impotencia, bombardeo de los medios de comunicación, modificación en las categorías de bondad y maldad, pérdida del valor de la palabra, cuestionamiento de la idea de justicia, ... un mundo en el que debemos pensar a los niños.

El psiquismo humano se constituye en relación a otros y en un contexto socio-cultural. Y la historia individual es historia de varias generaciones, de los antepasados, en un recorrido que trasciende al individuo.

Y pensar el funcionamiento psíquico implica ubicar una encrucijada de determinaciones. En nuestro país, ¿cómo pensar los avatares psíquicos de niños y adolescentes sin tener en cuenta la inmigración, los golpes de estado, las desapariciones, la guerra de Malvinas, la corrupción y tantas otras cuestiones cuya eficacia aparece en los análisis?

El quiebre de toda legalidad, de toda regla, la imposición de silencio de la dictadura dejó huellas cuya elaboración es costosa. Situaciones vividas por otros, estados de terror o desconcierto vivenciados por una generación se transmiten a las siguientes. Y aquello que no pudo ser ligado, metabolizado, "digerido", pasa en su forma "bruta" a los hijos y a los hijos de los hijos. Aquello que se intenta eliminar y que puede arrastrar consigo posibilidades de sentir y de pensar, retornará brutalmente a través de los hijos o de los nietos. ¿Cómo tolerar lo que retorna habiendo sido expulsado? ¿Qué hacer con lo siniestro? ¿Cómo ayudar a elaborar al otro aquello que uno no pudo ligar? Así, las angustias primarias, los terrores sin nombre, los estados de depresión profunda y de pánico, se transmiten como agujeros, vacíos, marcas de lo no tramitado.

Cuestiones a ser tenidas en cuenta cuando pensamos acerca de los motivos de consulta más frecuentes en los últimos años en la clínica con niños: hiperactividad, abulia, trastornos graves de aprendizaje (en la lecto-escritura), trastornos psicossomáticos,

enuresis primaria, encopresis, obesidad, trastornos del sueño. En los adolescentes, se presentan adicciones, impulsiones, anorexia, apatía, traumatofilia, entre otras patologías.

Intentaré ejemplificar con una breve viñeta clínica. Daniel, de seis años, cursa el primer grado en una escuela bilingüe. Es un niño algo apático, que parece estar siempre cansado. No aprende a leer ni a escribir y no se muestra preocupado por ello. Su conexión con los otros niños es aparentemente buena, aunque tiende a estar solo o con niños más pequeños. Otro tanto ocurre con los adultos, con los que se muestra amable pero lejano. Tanto la madre como el padre son profesionales que renunciaron, por motivos económicos, al ejercicio de su profesión y desarrollan en la actualidad una actividad comercial. Ambos se sienten mal por ello, disconformes consigo mismos. Esperan que sus hijos sea exitosos intelectualmente y los envían a un colegio con un alto nivel de exigencia. Daniel tiene una hermana de doce años, que es abanderada. Los padres comentan que esta niña está permanentemente de mal humor, se pelea con ellos y con Daniel, mientras que éste, por el contrario, es dócil, tranquilo, se entretiene solo y no los cuestiona. No quieren que estas características se modifiquen, ya que piensan que es el único plenamente feliz en la familia. Sólo después de un tiempo, y a partir de un material que aparecía en las sesiones y que no podíamos terminar de discernir, yo intento investigar más acerca de la historia de los padres: recién ahí pueden contar un secreto: un tío materno desapareció algunos años antes del nacimiento de Daniel, pero ellos, que ya estaban casados, decidieron no hablar más del tema, para lo cual cortaron algunos vínculos de amistad y limitaron su relación con la familia materna. Daniel "no sabe nada". El tiene que ser "el feliz" ¿Cómo puede la madre de Daniel mediatizar los momentos de sufrimiento del niño si no puede conectarse con un dolor propio, intensísimo, que debe desmentir cotidianamente? Encrucijada de deseos, ideales, prohibiciones y fracasos en que este niño quedó ubicado. El muestra en su funcionamiento las contradicciones de los ideales materno-paternos, en una especie de parálisis, de pseudo-sometimiento en que se aísla y se refugia en una imagen de "bebé maravilloso".

Pasaré a desarrollar cómo se realiza este pasaje en el que la historia y el contexto con sus modelos culturales inciden en la psiquisización, en la constitución narcisista y en la estructuración del super-yó/ideal del yo.

Todo psiquismo se constituye a partir de vivencias en las que la realidad fundamental es tanto el insistir pulsional como la realidad psíquica de los otros significativos. Vivencias que suponen un encuentro entre el esforzar pulsional y el acontecimiento. Y que se entraman dejando efectos duraderos, marcas en el psiquismo efecto de una historia. Marcas que demandan vías de tramitación.

Pero así como las vivencias de satisfacción van dejando huellas que abren caminos, en un movimiento inscriptor y complejizante, hay otras vivencias, a las que Freud denominó

vivencias de dolor. En lugar de la tendencia a investir, a representar, a ligar complejizando, con lo que nos encontramos es con un movimiento desinscriptor, desligador. Lo que queda es una facilitación que implica una repulsión, una aversión a mantener investida la imagen mnemónica hostil. Frente a la vivencia de dolor, la vivencia calmante posibilita la ligazón de lo doloroso con otras representaciones y, por ende, que el recorrido no sea de pura fuga, sino que haya puntos de detención, de anclaje. El dolor será más tolerable si hay caricias, palabras, mimos, si hay un adulto capaz de tolerar la angustia que despierta el grito o el llanto del bebé, si puede diferenciarse del niño y contenerlo, transformar la sensación de estallido en algo representable. Es decir, si introduce elementos mediatizadores que operen de instancia yoica frente a la hemorragia libidinal, frenando el devenir expulsor, la tendencia al cero. (Y si pensamos que el "fragor de Eros" se manifiesta en el movimiento, el conflicto, el alboroto de la vida, mientras que Tánatos funciona como tendencia a la no-complejización, podemos entender las consecuencias de este predominio a no sentir, al no movimiento).

Cuando el dolor es muy intenso, resulta más complejo su procesamiento, su ligazón con otras representaciones y puede tenderse a expulsar la sensación misma, intentar no sentir. Esto se manifiesta en algunos casos como apatía generalizada y en otros como excitación psico-motriz (hiperkinesia), así como en dificultades para mentalizar (enfermedades psicosomáticas). Es decir, en cualquiera de estos casos, hay un trastorno en aquello que Freud plantea como "una de las más tempranas e importantes funciones del aparato anímico, la de ligar las mociones pulsionales que le llegan," dominar la excitación.

Pero el dolor "excesivamente intenso" puede ser efecto tanto 1) de situaciones que rompen las barreras protectoras contra los estímulos (barreras difíciles de sostener cuando los estímulos provienen del psiquismo materno-paterno, no diferenciable del propio), 2) de las condiciones psíquicas (modos de inscripción y ligazón de las representaciones, defensas y tipos de pensamiento predominantes) para metabolizar y también 3) de la ausencia de los aportes de un otro que opere como "traductor", que transforme lo insoportable en un displacer pasible de ser integrado en una red representacional.

El niño tiende a atribuir los estados psíquicos de la madre a sí mismo, como si fuesen generados desde él. Por lo que, cuando le resultan intolerables e intenta expulsarlos, puede expulsar aspectos de sí mismo. Puede expulsar lo percibido, sus propios afectos y hasta aspectos de su propio yo, como una forma de minar las resistencias al retorno a lo inerte (así, hay chicos que se golpean o gritan para aturdirse).

La "contención" le posibilita ligar, armando redes, aquello que irrumpió quebrando conexiones. La transformación del erotismo en ternura, la mediatización de la agresión, así como las vivencias "calmantes" frente al dolor, van llevando del grito al llamado,

armando cadenas complejizadoras que frenan la pura descarga y ubican a Tánatos al servicio de Eros.

Pero si los adultos están desbordados, sobreexigidos, han perdido redes identificatorias y no pueden sostener ni contener a otros, hacerse cargo de sí mismo en una sociedad de un altísimo nivel de exigencia, con adultos que no ayudan a metabolizar, torna más difícil la representación de la propia existencia. Esto lleva a sensaciones de vacío, tanto en relación a los sentimientos como a la capacidad de pensar. El sentimiento de estar vivo, como la capacidad de registrar sentimientos (y no funcionar en base a estallidos afectivos), así como el "aparato para pensar los pensamientos", dependen en gran medida de la capacidad empática y metabolizadora de un otro. Y cuando ésto falla, lo que aparece es el vacío, la tendencia al cero, el predominio de la pulsión de muerte en el recorrido más corto, el intento de descarga absoluta, la repetición compulsiva de lo idéntico. "O me mato, o lo mato". "Siempre fue imposible", decía una mamá en relación a su hijito de cinco años, que no paraba de saltar, correr y tirar objetos por el consultorio.

Los niños intentan llenar el vacío con cosas (en una sociedad en la que el "tener" ciertos objetos ha pasado a ser fundamental y en que la competencia se ha desplazado de las habilidades a las posesiones), o con desbordes motrices (hiperactividad, gritos). Los adolescentes recurren a las drogas, el alcohol, las actuaciones.

Y si el intento es fallido y el vacío lo inunda todo, nos encontramos con niños abúlicos, apáticos, profundamente aburridos, que muestran la contracara de la imagen de la niñez como vitalidad y creación.

Pienso que las situaciones sociales ofrecen un marco en el que pueden prevalecer tanto la contención como el terror y que los lazos sociales, la solidaridad, los ideales compartidos, posibilitan a los adultos la metabolización de las situaciones dolorosas, cumpliendo el papel que tiene en la infancia la capacidad de contención materna-paterna. Pero si lo que predomina es el terror, los estados de pánico, el "sálvese quien pueda", la capacidad ligadora se ve atacada y Tánatos prevalece.

Resumiendo, lo que intento explicar es que, si en el momento en que el infans es sacudido desde su funcionamiento pulsional, el otro-semejante no opera como sostén-contención, ligando desde fuera el empuje devastador, el niño se sentirá en medio de un terremoto (imagen que los niños utilizan con frecuencia). Es decir, el encuentro se producirá con un otro desbordado, que llora o grita a la par del niño y que, por consiguiente, lo deja librado a su propio devenir expulsor, a su propia tendencia al cero. No hay entonces quien frene, ligando, el decurso tanático, la expulsión de lo percibido, de lo sentido, por consiguiente, de aspectos del objeto y de sí mismo.

Cuando madre y padre están inmersos en una suerte de "terremoto social" y tratan de hacer equilibrio para sostenerse a sí mismos, es difícil que puedan "contener" a otros. (Así, una frase reiteradamente escuchada en el consultorio es : "yo no doy más").

El yo se constituye como yo de placer ligando la representación de las diversas zonas erógenas, en base al registro y entramado de sensaciones corporales y a la imagen de sí que le devuelve un semejante privilegiado. El niño se identifica con la madre/padre en : a) la imagen que ella tiene de sí misma, b) la imagen que le devuelve de él, c) la representación que el niño puede construir de ella desde sus propias posibilidades psíquicas.

Cuando los adultos somos cuestionados y sentimos que tambalea la propia imagen, ¿qué representación de sí y de nosotros mismos le daremos?. A veces, se espera que sean los hijos los que, con sus logros y con su amor, nos devuelvan el narcisismo perdido, demanda imposible de satisfacer. Pero además, el propio tambaleo, la sensación de inseguridad, pueden ser transmitidos como características del hijo, ya sea por identificación del niño con el adulto, ya sea por proyección del adulto sobre él. Así, el niño puede verse a sí mismo como débil, impotente, por identificación con la madre o el padre, pero también puede ser ubicado por éstos de ese modo. Es bastante frecuente que, en las consultas, los padres planteen: "es un desastre, no hace nada bien", a partir de que ese niño no responde a lo esperado por ellos. Esto les permite suponer que ellos sí pueden, ubicando la impotencia afuera. Así, el padre de Daniel relataba situaciones en las que él siempre le ganaba al hijo, en diferentes deportes, siendo esto vivido por él, que se ubicaba como un fracasado en muchos terrenos, como un triunfo.

También las situaciones de fracaso (por caída de proyectos colectivos, por la crisis económica o por las variaciones en los modelos culturales de hombre y de mujer) llevan a depresiones, desconexiones. Al no alcanzar las metas propuestas, o lo que es peor, encontrarse a la deriva, con ideales contradictorios, una reacción posible es la retracción narcisista, la que se manifiesta muchas veces en un estado de apatía. Adultos que se "conectan" al televisor, porque necesitan un estímulo externo que ocupe todo el espacio, que no deje resquicios, en una suerte de estado de somnolencia. Estado en el que no pueden relacionarse con sus hijos, que son vividos como portadores de una demanda imposible de satisfacer, en tanto les exigen salir del letargo.

El pasaje del erotismo a la ternura, de la erogenezación a la constitución del yo, puede dificultarse y puede haber trastornos en la identificación primaria por el exceso pasional intrusivo desde un otro, por estallidos pasionales que impiden proponer una unificación de sí, esa violencia ejercida por la invasión excesiva de la sexualidad materna o porque el otro funcione como "muerto", centrado sobre sí mismo, en un estado de desfallecimiento psíquico, como dice Green. Así podemos suponer el funcionamiento, por momentos, de la madre de Daniel, conectada con una muerte no digerible. Y también del padre, en tanto ambos llevan la marca de un duelo no elaborado por un otro, pero también por aquello que ellos no pudieron ser, por sus propios proyectos.

Sensaciones de inexistencia, trastornos graves del pensamiento, dificultades para conciliar el sueño, son modos en los que aparece la falla en la constitución del sentimiento de sí (cuyas condiciones son la ligadura de las representaciones de la pulsión, así como la empatía del contexto).

A la vez, la fantaseada omnipotencia infantil despierta la fascinación de los adultos, que han idealizado retrospectivamente la infancia y que necesitan recuperar una imagen todopoderosa de sí mismos a través del hijo, sin poder ayudarlo en el pasaje de la fantaseada omnipotencia a la potencia. Son frecuentes las consultas por niños que no quieren crecer ni aprender y se refugian en la identificación con un personaje omnipotente, desmintiendo toda ignorancia ("yo ya lo sé"), mientras los adultos plantean el futuro como temible. A la vez, se coarta el crecimiento, el desarrollo autónomo del niño para no ser cuestionado por él, porque el crecimiento, tal como dice Winnicott, se vive siempre, en la fantasía, como un acto intrínsecamente agresivo. Si el niño existe "por derecho propio", si se le reconoce la autonomía (y no se confunde esto con omnipotencia), podrá poner en juego la autoridad del mundo adulto.

Entonces, el reconocimiento de la dependencia afectiva, del derecho a depender y de que está en un proceso de cambios, de nuevas adquisiciones, de proyectos, de posibilidades abiertas, es decir, de reconocerlo amando, odiando, sufriendo, apasionándose, en una sociedad diferente a la de nuestra infancia, implica otorgarle "un lugar en el mundo". Y para otorgarle a otro "un lugar en el mundo", uno tiene que tenerlo.

Frente a la crisis de los ideales colectivos y lo riesgoso o inadecuado de los valores sostenidos por otras generaciones (y que actúan como mandatos internos), hay una tendencia a centrarse en los ideales del yo-ideal, ideales de omnipotencia y perfección, lo que deriva en la idealización del funcionamiento infantil, mágico y todopoderoso. ¿Cómo ayudarlos entonces a hacer su propio camino "para llegar a ser"...?. ¿Cómo posibilitarles el armado de proyectos?

Pánico a crecer, apatía por lo externo, indiferencia por los otros, o sobreadaptación, con la constitución de un falso self, son modos en los que la conflictiva se manifiesta. Diferencio aquí, tal como lo hice en trabajos anteriores, trastorno y síntoma. Los trastornos infantiles son efecto de fallas (déficits, conflictos, estancamientos) en la constitución del aparato psíquico y, por consiguiente, el funcionamiento psíquico de los otros significativos es fundamental en su producción y sostenimiento. El síntoma neurótico, tal como lo definió Freud, es producto de una transacción fallida entre el deseo reprimido y la represión. Y es de los primeros de los que estamos hablando. Si no es el retorno de lo reprimido lo que insiste, si la prohibición no funciona como sanción interna, debemos pensar en las fijaciones pulsionales, en la constitución misma del yo, en las defensas tempranas, en los esbozos de representaciones preconcientes,... pero también en la intrusión pasional de un otro, en sus posibilidades yoicas, en su inclusión

en el universo cultural, en la representación que sostiene del niño en relación a su propia red de ideales.

Hasta ahora, intenté desarrollar la incidencia de la crisis en la constitución de la actividad ligadora y en la constitución del yo. Vamos a hablar ahora de la constitución del Ideal del Yo.

Si las metas del Ideal del Yo Cultural están en crisis, si las "representaciones acerca de una perfección posible del individuo, del pueblo, de la humanidad toda, y los requerimientos que se erigen sobre la base de tales representaciones" (Freud. El Malestar en la Cultura), se han modificado, a la vez que cada sujeto arrastra las normas y valores de sus antepasados, que operan como propias, ¿cómo tolerar las exigencias internas contradictorias o que colisionan con el contexto?

Representaciones-meta que exigen un rendimiento psíquico, un trabajo, presuponiendo siempre una distancia con el yo, como algo a alcanzar en un tiempo futuro. Marcan un "deber ser como", que puede ser vivido como inalcanzable.

Una cuestión fundamental en relación a los ideales culturales es la variación que han ido sufriendo las ideas de mujer y de hombre, así como de madre y padre, que se podrían sintetizar como caída de la imagen del hombre/padre como poder y máxima autoridad y la ruptura del mito mujer = madre.

Es frecuente que, en las consultas, se desplieguen los conflictos que se suscitan en las mujeres a partir de las exigencias sociales contradictorias, los ideales imposibles que, sumados a las exigencias internas, históricas, dan un producto caótico en relación al ser madres. ¿Deberían ser madres omnipresentes pero también amas de casa perfectas y profesionales exitosas, todo a la vez?

Los modelos de hombre y mujer se han puesto en juego. Las representaciones colectivas, sociales, de lo que es la masculinidad y la femineidad se han ido modificando, lo que acarrea dudas, inseguridades, conflictos entre el ideal transmitido por las generaciones pasadas y lo que el mundo actual postula como ideal (confuso y contradictorio) de una especie de "mujer maravilla". Los hombres sufren al no poder cumplir con los modelos pre-establecidos, con los ideales históricos acerca de la masculinidad, al mismo tiempo que carecen de figuras de identificación para las exigencias actuales. ¿Qué ideal de hombre y de mujer van construyendo las nuevas generaciones? ¿Cuáles son los mandatos, los imperativos categóricos, las representaciones que los tensionan hacia... posicionarse como perteneciente a uno u otro sexo?.

Como ya planteamos, el conjunto de los valores ha sido cuestionado. Si las ideas de esfuerzo y progreso de nuestros abuelos inmigrantes cayeron en descrédito con la crisis económica y las de justicia y cambio social fueron brutalmente reprimidas, ¿a qué incertidumbres y temores habrán quedado "abrochadas" estas metas en hombres y en mujeres?

.¿Cuánto del silencio impuesto, de los proyectos abandonados se transmitirán sin palabras?.

Cuando la estructuración del sistema de normas e ideales falla, es otro tipo de vacío el que entra en juego. Ya no es vacío por sentir, por sensaciones de inexistencia, sino por ausencia de ideales. No hay sueños ni esperanzas. Frente a esto se intentará volver a ser "su majestad, el bebé", ser el ideal, ahora. Si se es ya todo, no es necesario hacer proyectos. "Vivir el momento", la consigna de los adolescentes, presupone una particular relación con la muerte: en el intento de desmentirla, se reniega del futuro.

Así como la muerte de un ser querido puede provocar un duelo que lleve a una mujer a retraerse narcisísticamente, impidiendo la conexión con el hijo, el duelo por los ideales de masculinidad y femineidad, de bondad y maldad, de justicia, progreso, etc., provocan también situaciones de retraimiento y confusión en los adultos que se encuentran entonces impedidos de transmitir claramente a sus hijos normas y valores. Es decir, la crisis de los valores del Ideal del Yo paterno-materno, en relación al Ideal del Yo cultural, dificultará la constitución del Ideal del Yo del hijo, pero también la del yo, en tanto ésta se conecta con el sentimiento de pertenencia a un grupo.

Sostengo que los ideales, tanto del Ideal del Yo individual como del Ideal del Yo cultural, son fundamentales para proponer caminos alternativos y complejos al esforzar pulsional, mientras que el sentimiento de pertenencia a un grupo permite tejer redes representacionales en los que alguien queda "ligado" a muchos otros vía identificación y relaciones objetales tiernas (o sea, eróticas inhibidas en su fin).

Relataré brevemente una viñeta clínica: Martín tiene once años. Sus padres consultan porque es desobediente, no estudia, contesta cuando se lo reta, y se escapa permanentemente de la casa para ir a los video-juegos. Los padres están divorciados desde hace varios años y mantienen una relación muy conflictiva entre ellos. El niño pasa la mitad del tiempo en cada casa, estando la mayor parte del día solo, en tanto ambos trabajan y no hay otras personas en la casa. La madre está permanentemente deprimida, se siente sola e impotente para educar a Martín. Quisiera que él fuera cariñoso con ella, que la ayudara, que fuera buen alumno y que no se quejara ni protestara permanentemente. Frente a este niño que no deja de moverse, que pide cosas, que le contesta, ella se desborda, le grita y le pega y, habitualmente, termina llorando. "Mi mamá pega, mi papá pone penitencias. Todo el tiempo", me dirá Martín. El padre espera que este hijo sea un niño educado, con buenos modales, estudioso, respetuoso de las normas. Pero la madre se queja de los maltratos del padre y a la vez espera su regreso. El padre convive con otra mujer, habiendo variado de pareja cuatro veces en los últimos años. "Mi papá miente" afirma el niño. "Me promete cosas que no cumple. Lo mismo hace con sus novias". El padre de Martín afirma, como si se tratara de un caso clínico, "Martín es un niño golpeado. Pero yo no puedo hacer nada" Y sigue hablando de la moral, las normas, la importancia del

estudio y de que su hijo es fundamentalmente un "vago". Ambos padres acuerdan en mandar al niño a una escuela religiosa en la que Martín es, según él, el único hijo de padres divorciados, y en la que el divorcio está sancionado desde el discurso explícito de la institución. Martín no habla de esto y se escapa al video... Allí, donde va a pesar de las prohibiciones de ambos padres, se siente un héroe. "Llego a la final del Streetfighter" y todos me aplauden. "Allí puede vencer a la máquina, a los adultos, y encontrar un lugar de prestigio frente a los otros niños. Podríamos preguntarnos :¿por qué padres que se han divorciado insisten en enviar a su hijo a una escuela que sanciona esa decisión, trasladando la problemática al niño, impidiendo que pueda identificarse con otros, compartiendo dudas, broncas, interrogantes. ? ¿Qué posibilidades tiene un niño de atender y obedecer en esas circunstancias si a quienes debería obedecer son críticos implacables de aquello que él no puede modificar y que lo sitúa desde el vamos como "diferente"?. ¿No supondrán que es una suerte de castigo por ser los culpables, los responsables, del malestar de los adultos, de acuerdo con la omnipotencia que los niños fantasean y los adultos les atribuimos?.En este caso, como en tantos otros, Martín, enfrentado a una madre-niña desbordada ,y a un padre que desmiente, que arma un "como si", padres que le exigen que procese solo lo que ellos no pueden elaborar, se refugia en las máquinas y en un grupo de pares en el que puede reconocerse como exitoso. La tecnología le permite pelear en la calle, vencer a los malvados, rescatar a una mujer, en fin, identificarse con un héroe.

Sostengo que los niños quedan apresados en exigencias contradictorias: entre el ideal de grandeza y las falencias en las identificaciones tempranas, entre los mandatos sociales de triunfo y la ausencia de modelos que señalen un camino, entre el bombardeo de estímulos y la caída del valor de la palabra, entre la problemática de la muerte irrumpiendo en la vida cotidiana y la carencia de ideales sociales y de redes identificatorias que sostengan.

Para salir de la encrucijada deben hacer un esfuerzo elaborativo importante, posible cuando pudieron construir los recursos psíquicos para hacerlo, cuando Eros prevalece.

En los últimos años, ha habido una evolución decisiva en relación a los derechos del niño. Se lo ubica como protagonista y no sólo receptor y se ha comenzado a escucharlo. Sin embargo, sus derechos son negados de diferentes modos : a) cuando los adultos desconocen sus propios derechos y no le ofrecen, por ende, la posibilidad de identificarse con un otro que se defiende a sí mismo y a sus pares; b) cuando se lo discrimina como "carente de derechos y de palabra" por ser niño (es habitual que cuando hay episodios de violencia familiar los más castigados sean los niños), c) cuando las exigencias del medio son mayores que sus posibilidades (adultización) y no se respetan sus necesidades y, entre ellas, la de jugar.(Y esto tanto cuando se espera de él o de

ella que trabaje, cuide hermanitos, haga las tareas domésticas, o cuando se pretende que realice mil actividades programadas).

Nos preguntamos: ¿cómo sostenernos a nosotros mismos, pudiendo "contener" de un modo novedoso?, ¿cómo ayudarlos a procesar el dolor, reformulando el acompañar, el proteger, cuando es evidente que las viejas fórmulas ya no nos sirven?, ¿cómo reconceptualizar la infancia cuando las propuestas sociales han cambiado?, ¿cómo establecer un vínculo que reconozca diferencias cuando los criterios de autoridad están variando?. Cuestiones a las que deberemos ir dando respuestas.

Y se abren posibilidades : a) la complejización psíquica creciente : si es posible armar redes representacionales para ligar aquello que desborda desde el contexto, se enriquecerán las vías de pensamiento; es que el acceso a una mayor información puede producir un efecto de aturdimiento pero, si está acompañada de los elementos para procesarla, determinará una mayor riqueza representacional y, por ende, mayor disponibilidad mediatizadora; b) la asunción de los propios deseos y pensamientos : al tener un lugar más activo, si logran constituir el yo como yo de realidad definitivo, podrán expresar más claramente lo que sienten y piensan y sostenerlo apasionadamente; c) la revalorización de la palabra, con el aumento de la capacidad de expresar verbalmente sus procesos internos; contradictoriamente, fluctuamos entre la pérdida de la credibilidad de la palabra y un acuerdo generalizado de que a los niños hay que hablarles; d) la conciencia de sus derechos, que genera efectos novedosos; e) el cuestionamiento del autoritarismo; ligado a la conciencia del derecho a ser escuchado y no maltratado ;f) el reconocimiento del juego como herramienta fundamental para el aprendizaje.

Como psicoanalistas, estamos implicados y no podemos permanecer ajenos .Creo que el compromiso está dado ya en nuestra práctica cotidiana, porque quizás en el reencuentro con la propia historia, con la infancia perdida, con la propia indefensión podamos reencontrar los caminos extraviados y otorgarle un lugar al niño.

O, como dice Isabel Allende, desde el personaje de Gregory Reeves, el protagonista de "El plan infinito": "Comprendí que lo más importante no había sido sobrevivir o tener éxito, como imaginaba antes, sino la búsqueda de mi alma rezagada en los arenales de la infancia. Al encontrarla supe que ese poder, por el cual tan desesperados esfuerzos malgasté, siempre estuvo en mí. Me reconcilié conmigo mismo, me acepté con un poco de benevolencia y entonces tuve mi primer atisbo de paz. Creo que ése fue el instante preciso en que tomé conciencia de quién soy en realidad y me sentí por fin en control de mi destino."

Pienso que es fundamental, entonces, ubicar la infancia en su especificidad y reflexionar acerca de la importancia de los lazos sociales, las redes identificatorias, afectivas e institucionales, que operan como ámbitos de contención y elaboración para niños y

adultos, así como en los valores de solidaridad, cooperación y justicia, como vencimiento de Eros frente a lo tanático del "sálvese quien pueda".

(Trabajo presentado en el VII Congreso Metropolitano de A.P.B.A.)

Bibliografía :

- Freud, S. : Proyecto de una psicología para neurólogos. Amorrortu Edic, vol. 1 (1895)
- El yo y el ello. A.E. vol 19 (1923)
- El Malestar en la Cultura. A.E. vol. 21 (1930)
- Winnicott "Realidad y juego . Gedisa. (1971)
- Bion, W. R. : Aprendiendo de la experiencia. Paidós. (1966).
- Aulagnier, Piera : La violencia de la interpretación. A.E. (1975)
- Laplanche, Jean : El inconciente y el ello . A.E. (1979)
- Green, A. : Narcisismo de vida, narcisismo de muerte. A.E. (1983)
- Maldavsky, David : Teoría y clínica de los trastornos tóxicos . A.E. (1992)
- Galende, Emiliano : Historia y repetición (1992)
- Janin, Beatriz : "Sobre la práctica psicoanalítica con niños y su articulación con la teoría freudiana" (1981)
- "Una aproximación a la problemática del aprendizaje y sus trastornos desde una perspectiva meta-psicológica" (1986).
- "Aportes para repensar la psicopatología de la infancia y de la adolescencia" (1989).
- "Trastornos tempranos de la constitución psíquica; algunas reflexiones a partir de un caso clínico"(1992).

RESUMEN :

Este trabajo desarrolla las consecuencias que tienen en la constitución del psiquismo y por ende, en la producción de los trastornos psíquicos infantiles, la crisis socio-cultural y, fundamentalmente, ética, de los últimos años.

La instauración de recorridos de placer y el sentimiento de sí, dependen de la intrusión erogenezadora de un otro, que abre al placer y da sentido, así como de la "acción calmante", mediatizadora, que permite ligar lo doloroso. La constitución del yo está sujeta a que alguien otorgue un "lugar en el mundo", y tanto el super-yo como el ideal del yo se configuran por identificación a rasgos, normas y valores de los otros. Pero si

los adultos están desbordados, han perdido redes identificatorias y no pueden sostener ni contener a otros, se hace más difícil para los niños la representación de la propia existencia, la capacidad de sentir y de pensar, en tanto quedan librados al propio devenir expulsor, desligador. Así, los motivos de consulta más frecuentes en la clínica con niños : apatía, trastornos psicosomáticos, dificultades graves de aprendizaje, anorexia, obesidad, enuresis, encopresis, trastornos del sueño, hiperactividad, deben ser pensados en un contexto en que los valores de solidaridad, cooperación y justicia tambalean, dejando lugar al decurso tanático del "sálvese quien pueda".

Los niños quedan apresados en exigencias contradictorias: entre el ideal de grandeza y las falencias en las identificaciones tempranas, entre los mandatos sociales de triunfo y la ausencia de modelos que señalen un camino, entre el bombardeo de estímulos y la caída del valor de la palabra, entre la problemática de la muerte irrumpiendo en la vida cotidiana y la carencia de ideales sociales y de redes identificatorias que contengan.